

PLATÓN

# LISIS

PROLEGÓMENOS SOBRE  
AMOR Y ONTOLOGÍA

Edición y notas de  
MIGUEL GARCÍA-BARÓ

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2023

Edición, prólogo y notas de Miguel García-Baró

Traducción y estudio final de Claudia Mársico

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2023

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 978-84-301-2168-7

Depósito legal: S. 205-2023

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

*Presentación,*  
de Miguel García-Baró  
9

*Sobre la presente edición,*  
15

*Bibliografía,*  
17

## LISIS

Texto bilingüe griego-castellano  
Notas para el comentario del texto  
21

*El carnaval socrático,*  
por Claudia Mársico  
109



# PRESENTACIÓN

MIGUEL GARCÍA-BARÓ

El pensamiento de Platón ocupa el centro de este estudio. Pero no todo Platón, sino cuanto en él se encuentra directamente vinculado con el análisis del amor (*eros*, *philia*, *himeros*, *agape*) y la plena intensidad de la relación interpersonal (de la *synousía*, del estar unos junto a otros y ser unos con otros).

Hay un fundamento amplio y múltiple para esta decisión. No solo se trata de la maravilla literaria de los diálogos, sino, ante todo, de la convicción de que queda mucho por aprender en el gran filósofo, cuya lectura directa debe evitar la contaminación con las interpretaciones que con razón se denominan desde hace un par de siglos *neoplatónicas*. Plotino eliminó a Sócrates de su Platón, pero eso equivale en realidad a arrebatarse el corazón a todo lo que llevó a cabo Platón mismo tantos siglos antes.

Aristóteles ha recibido el favor de la tradición: se ha practicado con sus tantas veces elípticos textos conservados una exégesis incansable y que ha llegado al detalle más pequeño. A Platón no solo no le ha correspondido este destino, sino que, por el contrario, ha adquirido una lamentable notoriedad gracias a que algún interesante politólogo y epistemólogo contemporáneo lo ha constituido en patrón de toda *sociedad cerrada*. Lo ha leído deprisa y sin atención a la ironía, y pasando también, como es pésima costumbre, por encima del Sócrates platónico. Es lo menos que se puede decir de tamaño error.

No hay que volcar en Platón los métodos que se han usado con Aristóteles. En los diálogos importan elementos que no pasan a las letras: la escena, el tiempo, el gesto, cada giro de la conversación. Leerlo con ojos actuales y en medio de una abstención adecuada a fenomenólogos va revelando en Platón sorpresas, enigmas, maravillas que no se comprende que aún estén tantas veces inéditas. Y que sea así solo añade alegría al círculo de quienes se reúnen en torno a estos textos que apenas tienen en su nivel de hondura y belleza más que ciertas escasas compañías: Dostoievski, Cervantes, Dante, Racine, Kierkegaard...

Sócrates no solo sabía que ignoraba toda técnica para acceder al bien y al Dios. Precisamente sabía que la ignoraba porque entendía de amor; y como entendía de amor, entendía de muerte. La sabiduría socrática es siempre, por lo menos, muy difícil de superar. ¿Acaso en nuestro tiempo se la ha dejado atrás definitivamente? ¿No ocurrirá que justamente todavía tiene que enseñarnos lo que solo hoy, devastado el mundo en formas que antes no se pudieron imaginar, podemos aprender?

Quizá la primera impresión que recibirá el lector de *Lisis* sea la de encontrarse ante un ejercicio duro, cerrado sobre sí, ingenuo a la vez que farragoso, de dialéctica; dialéctica llevada hasta la exageración, como si el filósofo maduro, el ironista empedernido, disfrutara por una vez de la licencia para extremar hasta lo ridículo sus procedimientos habituales que le concede el estar hablando con un grupo de chicos muy jóvenes. Y ese lector pensará que es adecuado clasificar *Lisis* entre los textos *menores* de Platón, entre los más puramente socráticos —en el sentido de que se atreven a reproducir el modo de estar Sócrates en medio de la sociedad de Atenas, incluso en momentos que se diría que justifican

el reírse de lo vano de sus empeños, o en los que se vuelve más comprensible el hartazgo que la mayoría de los conciudadanos sintieron respecto de él y la impresión de peligroso discutiendo disolvente que despertó en muchos—.

Platón quizá gozaría con semejante malentendido. Quien busca filosofía realmente tiene que atravesar con alguna audacia muchos obstáculos, y posiblemente el mayor de ellos sea esperar que un texto le va a instruir directa y muy clara y avasalladoramente acerca de los temas que más mueven el corazón humano. Quien tenga oídos para escuchar, ese entenderá —y lo que entienda será una parte minúscula de lo que podrá en el futuro entender si persevera por la vía que principalmente abre un diálogo con Sócrates— Principal pero no abierta y unívocamente. Un fragmento de filosofía no puede causar el efecto de enseñar objetivamente, de una vez para siempre, sin posibilidad de olvido o de otras interpretaciones, nada que de veras sea decisivo para la humanidad de un ser humano. Muchas cosas se pueden enseñar de esa manera, pero ninguna que importe absolutamente. Sin pasión personal por la verdad, la sabiduría no comenzará ni se desarrollará.

El término *pasión* se reemplaza en Platón por la amplia terminología griega del *amor* y el *deseo*: *eros*, *agape*, *philia*, *himeros*, *epithymía*... No hay, pues, ningún escrito de Platón que quede del todo al margen de los problemas que conciernen al deseo y al amor, porque si no los convierten en su asunto principal, son constantemente aquello *pegajoso* en el espíritu de Sócrates por lo que muchos interlocutores se ven definitivamente atraídos a *pegarse* a él, o sea, a la búsqueda y al modo de haber cazado la pieza tan perseguida que era la peculiar existencia de Sócrates.

Naturalmente, ni el deseo ni el amor, en ninguna de sus formas múltiples y enlazadas, pueden ser introducidos en

un alma por nadie, como no sea el Dios. Son zonas básicas de la naturaleza humana, que se activan no por el diálogo filosófico, sino por el encuentro con la realidad –también múltiple y abigarrada– que cada individuo va realizando desde la cuna a la sepultura –y ya este modo de hablar es fijar límites demasiado tajantes y aparentemente objetivos a la misteriosa forma de existir los seres humanos–. La filosofía ayuda a la perfección de lo óptimo en la esencia del hombre, pero sería ridículo pensar que lo crea. Solo lo real mismo es de suyo fecundo, y la filosofía lo es en la medida en que continúa y acelera lo que ya antes de ella ha empezado. Los elementos capitales que intervienen en la caza filosófica la preceden, aunque no la hacen en absoluto inútil, sino, por el contrario, necesaria en absoluto. Por eso un filósofo no es jamás imprescindible, aunque actúe de catalizador. Y aunque haya situaciones históricas y políticas en las que se tienda a caer en la desesperación de decir que, como si la realidad no bastara, tiene que aparecer en medio de la ciudad un Sócrates.

*Lisis* se refiere (casi) directamente a lo que hay en la situación de la existencia humana, antes de su encuentro explícito con la filosofía –con la empresa de dar caza a lo más valioso–, que más directamente prepara los posibles ascensos de un ser humano a la cumbre de sus posibilidades existenciales; y lleva a cabo esta (casi) temeraria tematización poniéndose de verdad en el estado en que despiertan en todos nosotros el amor y el deseo, o sea, en la infancia y la primera juventud. Allí donde estos factores de la vida humana están ya moviéndola es donde tiene que insertarse la filosofía. Esta, por su parte, reviste el ropaje de la comprobación dialéctica de una serie de hipótesis que, en principio, mantienen conscientemente los interlocutores –al menos, uno de ellos–. Este modo de aparecer la filosofía es el único



LISIS  
PROLEGÓMENOS SOBRE  
AMOR Y ONTOLOGÍA

ΣΩΚΡΑΤΗΣ	Sócrates
ΙΠΠΟΘΑΛΗΣ	Hipotales
ΚΤΗΣΙΠΠΟΣ	Ctesipo
ΜΕΝΕΞΕΝΟΣ	Menéxeno
ΛΥΣΙΣ	Lisis

## ΛΥΣΙΣ

203 a Ἐπορευόμενῃ μὲν ἐξ Ἀκαδημείας εὐθὺς Λυκείου τὴν ἔξω τείχος ὑπ' αὐτὸ τὸ τείχος· ἐπειδὴ δ' ἐγενόμην κατὰ τὴν πυλίδα ἧ ἢ Πάνοπος κρήνη. ἐνταῦθα συνέτυχον Ἴπποθάλει τε τῷ Ἰερωνύμου καὶ Κτησίππῳ τῷ Παιανιεῖ καὶ ἄλλοις μετὰ τούτων νεανίσκοις ἀθροίοις συνεστῶσι.

Καὶ με προσιόντα ὁ Ἴπποθάλης ἰδὼν·

–ὦ Σώκρατες, ἔφη, ποῖ δὴ πορεύει καὶ πόθεν;

b –Ἐξ Ἀκαδημείας, ἦν δ' ἐγώ, πορεύομαι εὐθὺς Λυκείου.

–Δεῦρο δὴ, ἦ δ' ὅς, εὐθὺς ἡμῶν. Οὐ παραβαλεῖς; Ἄξιον μέντοι.

–Ποῖ, ἔφην ἐγώ, λέγεις, καὶ παρὰ τίνας τοὺς ὑμᾶς;

–Δεῦρο, ἔφη, δείξας μοι ἐν τῷ καταντικρῷ τοῦ τείχους περίβολόν τέ τινα καὶ θύραν ἀνεφωγμένην. Διατρίβομεν δέ, ἦ δ' ὅς, αὐτόθι ἡμεῖς τε αὐτοὶ καὶ ἄλλοι πάνυ πολλοὶ καὶ καλοὶ.

204 a –Ἔστιν δὲ δὴ τί τοῦτο, καὶ τίς ἢ διατριβή;

–Παλαιίστρα, ἔφη, νεωστὶ ᾧκοδομημένη· ἢ δὲ διατριβὴ τὰ πολλὰ ἐν λόγοις, ὧν ἡδέως ἄν σοι μεταδιδόιμεν.

–Καλῶς γε, ἦν δ' ἐγώ, ποιοῦντες· διδάσκει δὲ τίς αὐτόθι;

–Σὸς ἐταῖρός γε, ἦ δ' ὅς, καὶ ἐπαινέτης, Μικκός.

1. Sócrates pensaba ir todo derecho desde la Academia hasta el Liceo, pero en realidad estaba yendo a otro lugar insospechado. Así son las cosas del amor: es justo que interrumpen nuestros propósitos

## LISIS

PRÓLOGO. *Sócrates se deja llevar inopinadamente a una palestra nueva, porque un amante le dice que necesita saber más del amor. Ante esta súplica, el filósofo abandona cualquier otra tarea*

Venía yo andando desde la Academia directo al Liceo 203 a por fuera de la muralla, junto a ella. Cuando llegué a la puerta donde está la fuente de Panope, me encontré con Hipotales, el hijo de Jerónimo, con Ctesipo de Peania y otros jóvenes que estaban reunidos en grupo con ellos. Acercándose al verme, Hipotales me dijo:

–Sócrates, ¿a dónde vas y de dónde vienes?

–Voy de la Academia derecho al Liceo –dije yo. b

–Pues adonde vienes derecho es aquí, a nosotros. ¿No te acercas? Realmente vale la pena<sup>1</sup>.

–¿A dónde me dices? –contesté–. ¿Y quiénes sois?

–Ahí –dijo, mostrándome un espacio enfrente del muro y la puerta abierta–. Aquí pasamos el tiempo nosotros y otros muchos, buenos y hermosos –dijo.

–¿Qué es esto exactamente y cuál es el pasatiempo? 204 a

–Es una palestra construida hace poco –dijo–, y el pasatiempo son toda clase de conversaciones, de las que con gusto te haríamos partícipe.

–Bien hecho –dije yo–. ¿Quién enseña aquí?

–Tu compañero y admirador, Miceo –dijo.

ajenos a ellas. Hipotales, por cierto, está convencido de que es a la reunión de sus amigos a donde de veras venía Sócrates, sin saberlo, pero por el camino más corto.

–Μὰ Δία, ἦν δ' ἐγώ, οὐ φαῦλός γε ἀνὴρ, ἀλλ' ἱκανὸς σοφιστής.

–Βούλει οὖν ἔπεσθαι, ἔφη, ἵνα καὶ ἴδῃς τοὺς ὄντας αὐτοῦ;

b –Πρῶτον ἠδέως ἀκούσαιμ' ἂν ἐπὶ τῷ καὶ εἴσειμι καὶ τίς ὁ καλός.

–Ἄλλος, ἔφη, ἄλλω ἡμῶν δοκεῖ, ὃ Σώκρατες.

–Σοὶ δὲ δὴ τίς, Ἰππόθαλες; Τοῦτό μοι εἰπέ.

Καὶ ὃς ἐρωτηθεὶς ἠρυθρίασεν, καὶ ἐγὼ εἶπον·

–Ὡ παῖ Ἰερωνύμου Ἰππόθαλες, τοῦτο μὲν μηκέτι εἶπης, εἴτε ἐρᾶς του εἴτε μή· οἶδα γὰρ ὅτι οὐ μόνον ἐρᾶς, ἀλλὰ καὶ πόρρω ἤδη εἶ πορευόμενος τοῦ ἔρωτος. Εἰμὶ δ' ἐγὼ τὰ μὲν ἄλλα φαῦλος καὶ ἄχρηστος, τοῦτο δέ μοί πως ἐκ θεοῦ δέδοται, ταχὺ οἶψ' εἶναι γινῶναι ἐρῶντά τε καὶ ἐρώμενον.

–Καὶ ὃς ἀκούσας πολὺ ἔτι μᾶλλον ἠρυθρίασεν.

Ὅ οὖν Κτήσιππος,

–Ἀστεῖόν γε, ἦ δ' ὅς, ὅτι ἐρυθριάς, ὃ Ἰππόθαλες, καὶ ὀκνεῖς εἰπεῖν Σωκράτει τοῦνομα· ἐὰν δ' οὗτος καὶ σμικρὸν χρόνον συνδιατρίψῃ σοι, παραταθήσεται ὑπὸ σοῦ ἀκούον θαμὰ λέγοντος. Ἡμῶν γοῦν, ὃ Σώκρατες, ἐκκεκώφωκε τὰ ὅσα καὶ ἐμπέπληκε Λύσιδος· ἂν μὲν δὴ καὶ ὑποπίῃ, εὐμαρῖα ἡμῖν ἐστὶν καὶ ἐξ ὕπνου ἐγρομένοις Λύσιδος οἶεσθαι τοῦνομα ἀκούειν. Καὶ ἃ μὲν καταλογάδην διηγεῖται, δει-

2. *Sophistés*. Respecto de *sophós*, «entendido» o «perito en algo», la palabra *sophistés*, que designa en principio al sabio más sabio posible, suena como el superlativo correspondiente.

–¡Por Zeus! –dije yo–, realmente no es un hombre mediocre, sino un maestro capaz<sup>2</sup>.

–Entonces, ¿quieres seguirnos –dijo–, para ver por ti mismo a los que están dentro?

*PREÁMBULO fuera aún de la palestra: la sugerencia de que caben formas del amor de muy bajo significado, respecto de las cuales existe una técnica en la que es experto el filósofo*

–Primero escucharía con gusto para qué entro y quién es el hermoso. b

–A cada uno de nosotros nos parece que es uno distinto, Sócrates.

–¿Y a ti, Hipotales, quién te lo parece? Dime.

Cuando se lo pregunté, se sonrojó, y yo dije:

–Hijo de Jerónimo, Hipotales, ya no me digas si estás enamorado de alguien o no, pues sé que no solo estás enamorado, sino que estás avanzado en el amor. Yo en el resto soy mediocre e inútil, pero en esto he sido dotado por el dios para poder reconocer rápido a quien ama y a quien es amado<sup>3</sup>. c

Al escuchar se sonrojó aún más. Entonces Ctesipo dijo:

–Tiene su gracia que te sonrojes, Hipotales, y que vaciles en decirle su nombre a Sócrates. Si pasa un rato corto contigo, vas a ser torturado por él escuchando cómo lo dice todo el tiempo. A nosotros nos tiene los oídos sordos y llenos de Lisis, Sócrates. Y si bebió, es posible que al despertar del sueño creamos estar escuchando el d

3. El regalo del dios no se dice que sea amar, sino ser entendido en conocer quién ama y quién es amado. El término para amor es aquí eros. ¿Acaso saber de amor es precisamente esta arte del reconocimiento de quienes son amantes y amados? ¿Abarca más objetos?